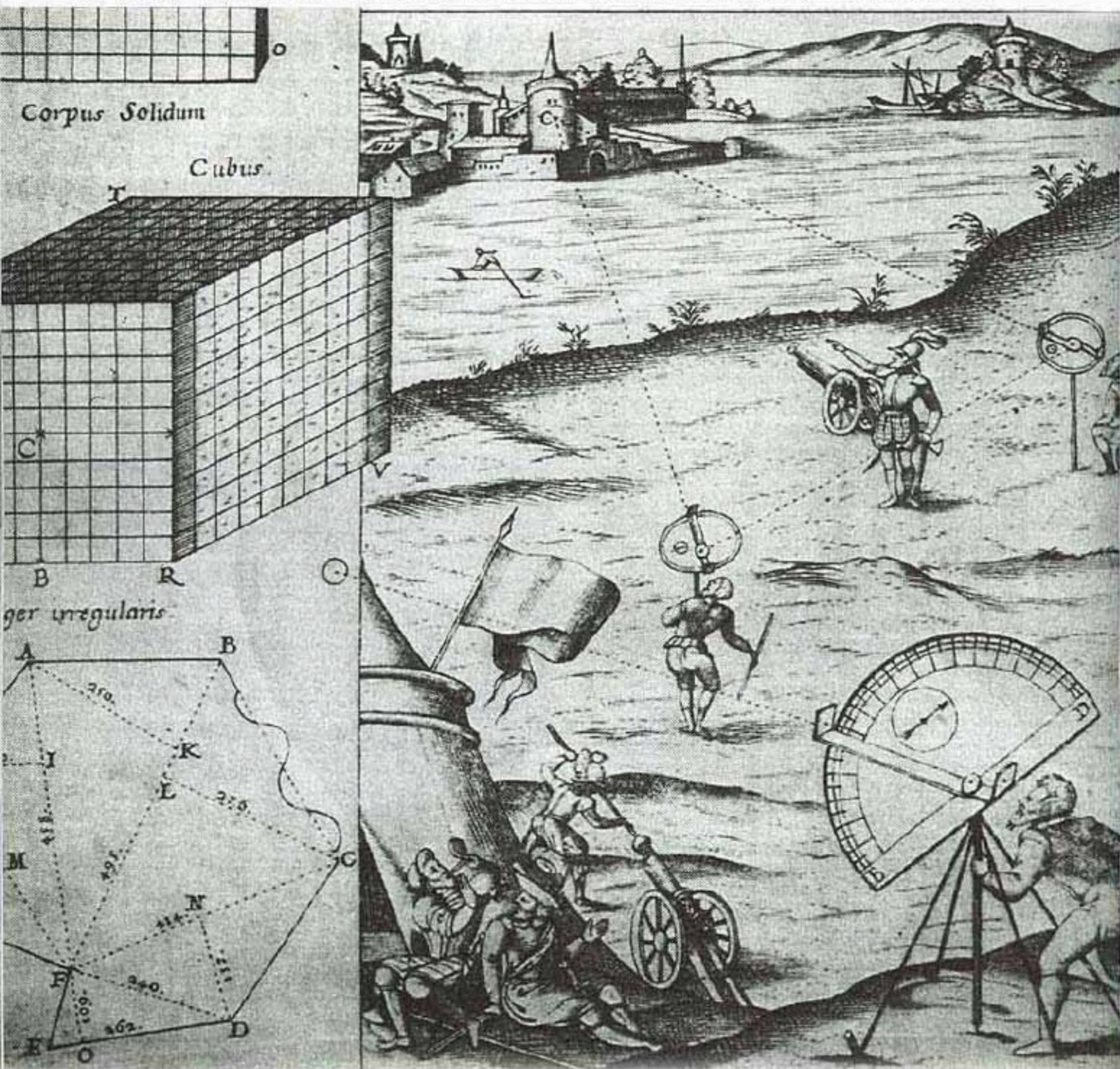


# La importancia de la historia urbana /

Roberto Narváez

Investigador asistente de Jorge Quijano,  
de la Asociación de Profesores Asistentes  
de la Facultad de Arquitectura, UNAM.

Del tratado de Juan Caramuel *Architectura civil recta y obliqua*, 1678. (Las imágenes que ilustran este artículo están tomadas de *Historia de la Arquitectura y el Urbanismo Mexicanos*, volumen II, tomo II, Facultad de Arquitectura, UNAM-FCE, 2002).



## En este artículo, Roberto Narváez reflexiona sobre la importancia de la historia urbana para la renovación de la ciencia histórica, a partir de los estudios del especialista francés Bernard Lepetit.

Desde las postrimerías del siglo XIX, muchos historiadores han reflexionado sobre las condiciones necesarias para fortalecer el estatuto científico de su disciplina. Esto, desde luego, no se resuelve con facilidad, pues no sólo hay que obtener el conocimiento científico, sino probar su validez según los principios de la epistemología o teoría general del conocimiento, la cual se desarrolla por la crítica de los enunciados formales en que se consignan los conocimientos particulares. La historia, representa un sistema de conocimientos particulares cuya validación epistemológica debe ser probable; de otro modo, será ideografía o literatura, mas no ciencia, puesto que sus enunciados no resisten la crítica formal. Sin embargo, el objeto de la historia es de tal naturaleza que no admite las definiciones rígidas, por tanto, es muy complicado aprehender sus diferentes aspectos por el recurso a la deducción nomológica. Según esto, el análisis de la historiografía —la historia según se la escribe— jamás podrá ser normado por los mismos criterios que gobiernan el análisis en una ciencia como la física, donde los estados de su objeto pueden ser predichos conforme a leyes de aplicación universal.

De un hecho social, nada es predecible con exactitud. Ahora bien, el objeto último de la investigación histórica es el hombre en sociedad. Es lícito, pues, clasificar a la historia entre las llamadas ciencias sociales. He aquí un importante producto de la reflexión que ha ocupado a los historiadores. Fortalecer el estatuto científico de la historia significa optimizar la calidad lógica de la explicación histórica, y esto se consigue por la orientación teórica y el auxilio metodológico de ciencias análogas como la sociología, la antropología y la lingüística, donde prima una concepción del causalismo que faculta para la explicación sin obligar a la generalización legaliforme. Con estas disposiciones analíticas, las ciencias sociales revelan su propósito: descubrir aspectos críticos en objetos singulares. La función de la historia, como la de la antropología o la de la sociología, es diagnosticar, no predecir. Esto no implica que un científico social deba relajar en cualquier momento la vigilancia epistemológica de su labor, al contrario: las proposiciones de la historiografía se construyen con tanta mayor solidez cuanto más estrecha es aquella vigilancia. Esta reflexión, especialmente en Francia, y a partir de la década de 1930, ha sido vital para diseñar proyectos de investigación interdisciplinaria que introduzcan la complejidad del tiempo social —de la historia— en las teorías y modelos que, originalmente contruidos

por las ciencias sociales mejor estructuradas sirvan para comprender el presente y para mejorar la inteligencia del pasado.

A causa de ciertos intereses gremiales, los intentos por ejecutar este proyecto interdisciplinario han dado lugar a numerosos conflictos. En 1988-1989, los historiadores franceses convocaron a un "tournant critique" manifestativo de su oposición a la filosofía del llamado "linguistic turn", al deconstructivismo y a determinadas corrientes antropológicas "posmodernas" cuya influencia en la historiografía reciente les parecía funesta, ya que sus postulados, afirman ellos, crean confusión en los historiadores y los mueven a suscribir tesis relativistas o irracionales a propósito de cuestiones ontológicas —por ejemplo, si la realidad existe más allá del texto— y metodológicas en relación con la hermenéutica y la semiología —establecer un método para interpretar correctamente las representaciones colectivas e individuales—, entre otras. En esta coyuntura, el dato empírico del contexto amenazaba con desaparecer, lo cual ponía en grave riesgo la posibilidad de una historia social racional. Así, se volvía urgente delinear un proyecto historiográfico que invirtiera la perspectiva científica y filosófica en el análisis de lo social. En Francia, este proyecto se consolidó en el ámbito de la historia urbana.

### Contenido y métodos posibles de una nueva historia urbana

El reto científico de esta forma historiográfica es refinar el análisis del cambio social en todos sus aspectos, en los límites espaciales que impone la ciudad. En Francia y en Estados Unidos, el plan de una nueva historia urbana se configuró a partir de tres decisiones: ahondar en el pensamiento de la importancia histórica de la ciudad, examinar las modalidades de tránsito de la historia institucional — eminentemente política— a la historia social y refinar el vocabulario historiográfico para exponer en una síntesis coherente la integración de la historia urbana en la historia general.

Al afrontar este reto, los historiadores franceses destacaron por cuanto su obra impulsó vigorosamente al "tournant critique", lo cual ha servido para inaugurar o renovar debates acerca de problemas que afectan a todos los géneros historiográficos. En apoyo a los movimientos de oposición, a quienes proponen la disolución de la filosofía por medio de la deconstrucción lingüística de los enunciados filosóficos, estos historiadores alientan la discusión metodológica y teórica en pro de una interdisciplina racional que cumpla con determinadas exigencias de validación epistemológica. El método experimental

La historia urbana no es un componente menor de la historia social, tampoco un sinónimo de historia de la arquitectura; en una historiografía no funcionalista de lo urbano, la ciudad se concibe como un "dispositivo territorial" y, simultáneamente, como una "categoría de la práctica social".

atiende a este tipo de exigencias, de aquí el interés por establecer modelos que justifiquen una lectura documental que prepare al historiador para refutar o confirmar una hipótesis. En historia urbana, el sometimiento a prueba de hipótesis basadas en principios funcionalistas ha rendido frutos importantes. La mayoría de los historiadores rechaza el funcionalismo, alegando que garantiza el simplismo en la explicación.

Con este espíritu, los historiadores urbanos de Francia han organizado programas de investigación en donde no hay cabida para supuestos como el de que la ciudad es tan sólo el marco de la vida social, menos para las esquematizaciones reductoras que confunden a la historia urbana con la historia de la arquitectura. Para superar estas limitaciones, la formulación de hipótesis debe seguir observaciones guiadas por una metodología de aplicación experimental. Esta posición fue defendida notablemente por Bernard Lepetit (1948-1996), quizá el historiador urbano más agudo y original de cuantos ha dado Francia en los últimos veinte años.

Lepetit batalló contra las ideas funcionalistas que convertían a lo urbano y lo arquitectónico en un mero capítulo de la historia social o política. Para él, hacía falta un programa de renovación analítica que definiera la ciudad como un objeto autónomo de investigación, que le confinase un contenido específico. Así, en adelante la ciudad no sería más un simple observatorio para la historia social, constituiría un sistema; por tanto, sería inútil concebirla como un objeto que aparece de golpe tan pronto uno le dirige la vista. Entendida como sistema, la ciudad obliga a un análisis de las relaciones e interacciones de sus elementos; en principio, el sistema urbano se muestra opaco, y una visión clara del mismo sólo se consigue al descifrar sus características particulares y las reglas de su transformación merced a una "metodología constructivista". Escoger una metodología similar implica una ruptura con el funcionalismo, ya que su empleo hace posible demostrar que el objeto de la historia urbana se configura explícitamente al final del análisis; en otras palabras, dicho objeto se actualiza conforme la investigación progresa, no antes o después. Lepetit lo expresó así: "La imagen de la ciudad que esbozo es producto de una serie de manipulaciones y comprobaciones. Importa de ellas que sean aparentes, no principalmente para permitir a algunas librarse a las verificaciones (según una práctica experimental adoptada a partir de las ciencias naturales), sino porque el modelo de ciudad propuesto es inseparable de su elaboración".

Lepetit invitaba a reforzar una "epistemología constructivis-

ta" que diera sentido a la idea de que la historia urbana representa una "cadena de comentarios" en la cual nuestros pronunciamientos son el último eslabón, en espera de los que sean forjados en el futuro. Con esto adquiere firmeza un "paradigma hermenéutico" en cuya referencia se pueden comparar las representaciones modernas de la ciudad con las antiguas, ejercicio que permite medir la distancia cronológica entre los comentarios de cada época y reflexionar que hoy atestiguamos la caída del funcionalismo, pues el "paradigma hermenéutico" no deja sitio a las explicaciones monocausales cuando justifica el supuesto de que hay causas exteriores a la organización del espacio, lo que permite "comprender los cambios de función que podrían explicar el destino de tal o cual ciudad o las transformaciones del conjunto de la red". Según Lepetit, es imposible volver atrás: la relación inmediata entre sociedad y espacio que postulaba el funcionalismo ha sido eliminada.

Al completar el modelo de ciudad con el recurso a la interpretación hermenéutica, el investigador reconoce "la diversidad de las formaciones humanas que se suceden tras la aparente organización de los lugares y del vocabulario", y mediando un cambio de escala durante la observación documental confirma que la ciudad, en tanto sistema urbano, admite un doble tratamiento: como aquel sistema que organiza, en una configuración espacial y jerárquica, un conjunto de ciudades que, a su vez, forma redes y armazones analizables por su relación con el espacio; y como una formación real inscrita en un terreno y en una topografía particular, impresa en una sociedad estructurada, explicable por instituciones y traducible en un género de vida y una cultura. La historia urbana no es, por tanto, un componente menor de la historia social, tampoco un sinónimo de historia de la arquitectura; en una historiografía no funcionalista de lo urbano, la ciudad se concibe como un "dispositivo territorial" —cuyos aspectos más visibles constan, por supuesto, en las creaciones arquitectónicas— y, simultáneamente, como una "categoría de la práctica social". Así, es posible separar analíticamente a la morfología (definida como el estudio de los hechos sociales en su sustrato material) de la sociedad, para reunirlos en una síntesis racional que demuestre cómo media el tiempo histórico en los procesos de cambio social. Para Lepetit, a quien tanto inspirara Fernand Braudel, los fenómenos urbanos y arquitectónicos se inscriben en la duración, lo cual condiciona en gran medida la manera en que se representan al juicio de un individuo o una colectividad.



Nicolás Córdoba. Puerto de Veracruz e isla de San Juan de Ulúa, siglo XVII.

Cuando un ciudadano contempla las edificaciones arquitectónicas que lo rodean, interpreta su visión refiriéndolos a un parámetro temporal, acción que lo autoriza para situar en el presente a todas las construcciones, no obstante la fecha en que éstas fueron levantadas. La morfología urbana y la sociedad son situadas a cada instante "en una exacta contemporaneidad", apunta Lepeit; por tanto, los modelos del historiador "deben pensarlas necesariamente en conjunto".

Lepeit invoca un procedimiento de alteración de escala para duplicar los tratamientos analíticos posibles del sistema urbano. Él mismo hizo el ensayo tomando como casos a varias ciudades de Francia y Europa preindustrial. En mi opinión, sus proposiciones acerca del espacio urbano en la Venecia del siglo XVII se cuentan entre lo más logrado para consumir la renovación de la historiografía urbana.

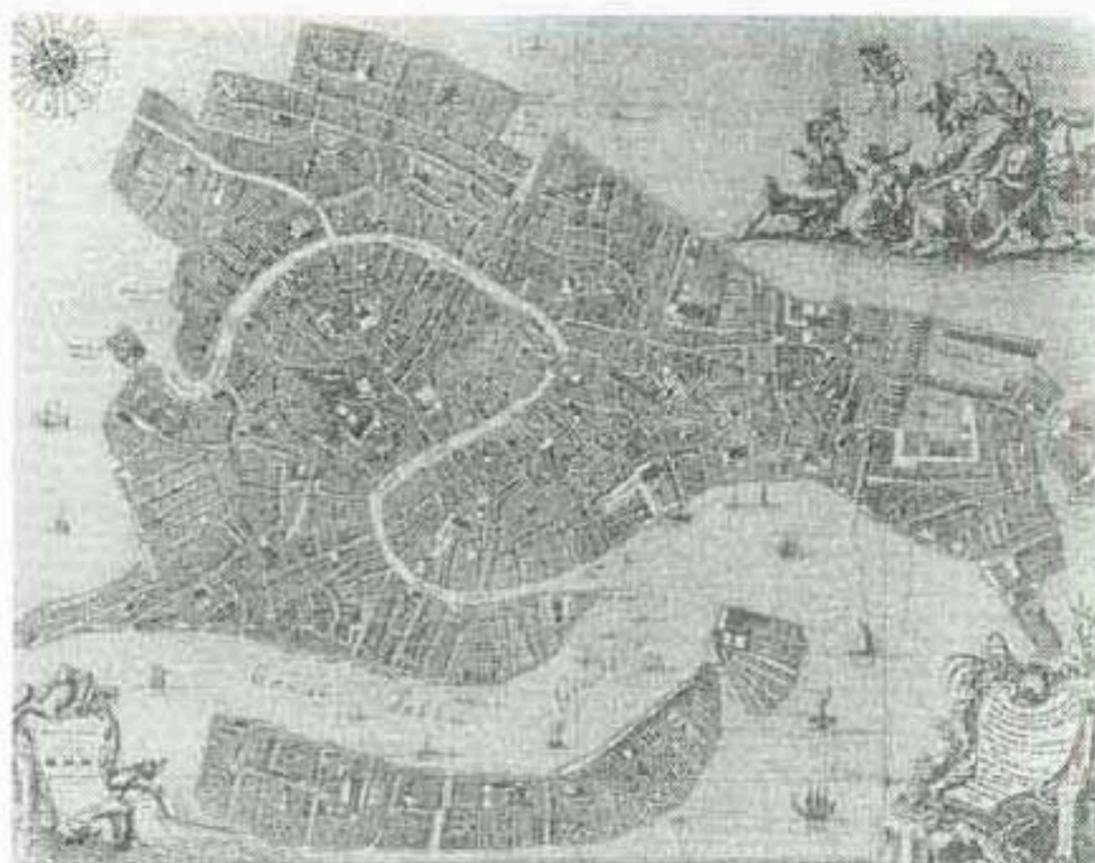
**Los desniveles económicos y sociales en un territorio urbano**

Entre mapas y documentos relativos a la política fiscal veneciana en el siglo XVII, Lepeit diseñó un experimento para explicar las formas de apropiación del espacio y la génesis del valor inmobiliario en los siglos XVI al XIX, en donde la observación de los factores estuvo condicionada por la reducción de escala para localizar hechos en unos niveles que la investigación funcionalista acostumbra pasar por alto. Los niveles son dos: el de un fragmento de la superficie económica urbana total, donde los precios de los inmuebles varían dependiendo de su ubicación, y el nivel de las familias y los grupos sociales que, liberándose de las restricciones normativas impuestas por el poder estatal, gestionan su propio espacio. Una vez que concibió estas variables como fenómenos concretos, dignos de un análisis individual en donde la factibilidad de las conclusiones generalizadoras queda en suspenso, Lepeit pudo criticar los presupuestos hipotéticos del neoclasicismo. Su anhelo consistía en restar credibilidad a los modelos que asumen como verdad evidente la competencia perfecta entre los compradores; al examinar una fracción de la geografía urbana sin respeto por los esquemas anulares o concéntricos que el funcionalismo suele utilizar para deducir un equilibrio en el mercado de bienes raíces, Lepeit encuentra que la observación microscópica niega valor a todo modelo explicativo fundado en el cumplimiento de una regla específica, a saber, que un equilibrio instantáneo sigue forzosamente a la "gran subasta" de los espacios ciudadanos. Esta interpretación no significa, desde luego, que el valor de los modelos funcionalis-

tas deba ser criticado "en lo absoluto"; en la visión de Lepeit, el principal error de los historiadores urbanos y de los economistas consiste en precipitar sus generalizaciones al dejarse ilusionar por los alcances deductivos del neoclasicismo.

Si los modelos funcionalistas se tornan inútiles al cambiar la escala, se debe a que no hacen un factor de la manera impredecible con que se comportan los actores económicos en el mercado, dependiendo de la región precisa en que se hallan situados para ejercer la oferta o la demanda. Un modelo explicativo que incluya como variable a las estrategias —personales, familiares o gremiales— que siguen los actores económicos para escapar a los ordenamientos mercantiles y fiscales del Estado permite distinguir múltiples niveles de racionalidad en una misma superficie económica, lo cual contradice todo en la hipótesis funcionalista que supone una cantidad igual de información para compradores y vendedores y que, por consiguiente, afirma la posibilidad de una competencia perfecta en donde la exactitud y oportunidad en las decisiones se puede calcular obedeciendo reglas de acción plenamente definidas. En opinión de Lepeit, resulta más verosímil postular tantas reglamentaciones económicas como las establezcan los mecanismos de reciprocidad social que caracterizan los intercambios de los ciudadanos en cada segmento del territorio económico; para la Venecia del XVII, Lepeit considera ilícito aplicar el famoso "modelo de la economía del bazar" —desarrollado por Clifford Geertz en el seno de la antropología interpretativa— en sustitución del modelo funcionalista de la centralidad y explicar así la variabilidad en la formación de los precios que se observa de un barrio a otro, según el presupuesto teórico de que las lógicas económicas individuales, familiares o corporativas no son reducibles a una lógica funcionalista general, sino que responden a coyunturas mercantiles, para sobrevivir a las cuales las personas ponen en marcha determinadas estrategias de conducta económica.

Desde una perspectiva histórica, la multiplicidad de las conductas económicas debe analizarse tomando en cuenta el pasado de los territorios urbanos. Reduciendo la escala de observación, Lepeit logró indicar, que "las formas urbanas aprisionan parte del pasado", y obtuvo por inferencia que "la cronología de las prácticas sociales que contribuyen a la formación de los niveles de la renta no coincide con la de los mapas de valor inmobiliario. Toda modificación de los principios que guían a los actores en el mercado se opera en el entorno de un mercado constituido según otros principios".



Venecia en 1729.

Para Lefebvre, este resultado debe impulsar la teorización sobre la complejidad real del espacio urbano, observable a la escala de cada segmento territorial o de cada nivel de la realidad económica y social. El historiador necesita crear un modelo comprensivo de los factores pertinentes a la explicación de estos niveles, y que sea lo bastante general para servir en la revisión de todo caso donde se observe que la morfología del territorio económico urbano dura más que cualquier principio usado para explicarla. Comprobar un hecho así puede inspirar muchas preguntas de interés; Lefebvre formuló una a propósito de la valoración y el precio de los terrenos en una ciudad. ¿De dónde nace el valor inmobiliario? Apoyándose en el sociólogo Maurice Halbwachs, responde que un terreno "no es sólo una extensión cuyo precio se fija, como se hace con las tejas (...), multiplicando el precio unitario por la cantidad", sino que "posee (...) una situación de la que dependerá el tipo de edificio que se podrá levantar en él". Sin embargo, es evidente que el precio de un terreno no está determinado por las construcciones que se alzan en él, pues nadie negará que las categorías de los edificios son limitadas, mientras que los precios de los terrenos varían prácticamente sin límite. Una constante similar es suficiente para configurar un modelo tan general que alcance para examinar casos análogos al de Venecia, no obstante la época; en el París decimonónico, por ejemplo, se observa que el agrupamiento de las casas no basta para crear valor, éste se debe también a la "situación"; en pocas palabras: "el valor es producto de la morfología". En una ciudad, los edificios, cada uno relacionado con los demás, está "en una situación que forma parte integrante de su carácter propio".

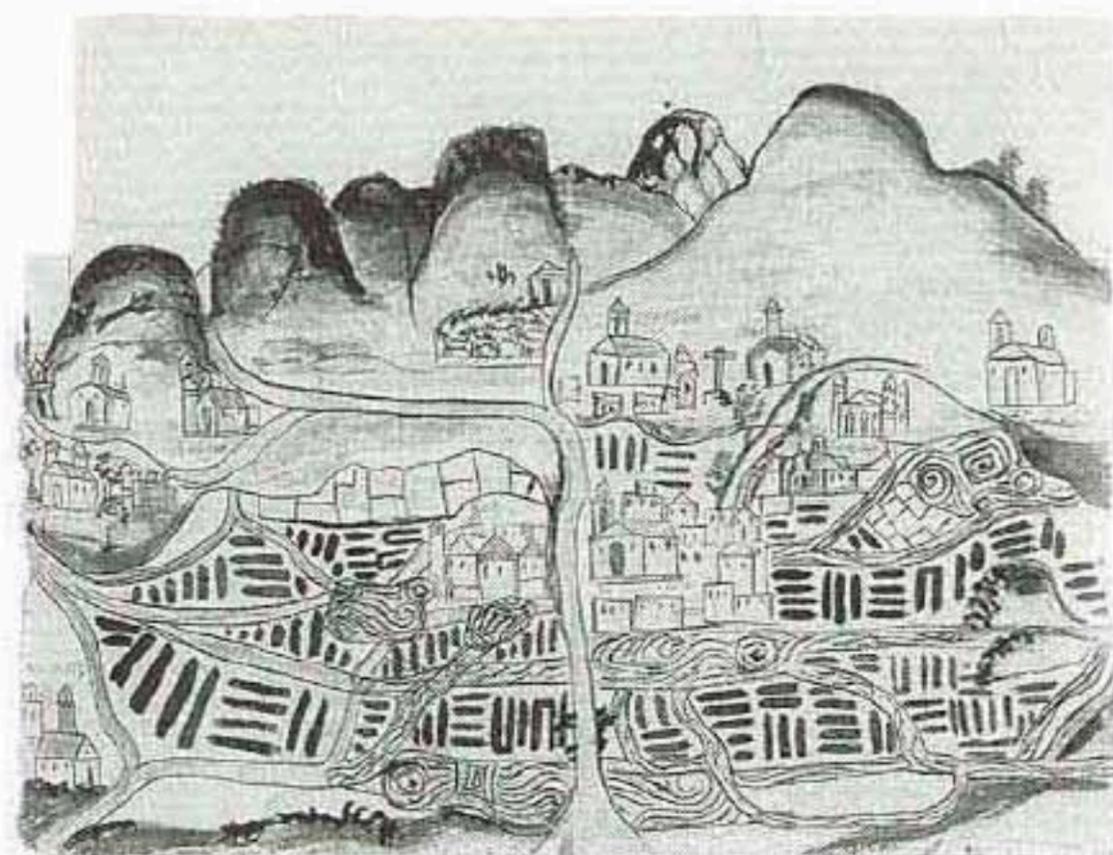
El análisis de este problema enseña que para explicar un hecho socioeconómico en su escala particular dentro del territorio urbano, conviene localizarlo antes en el "sistema de valores establecido a escala de toda la ciudad". Sería un error suponer un equilibrio en tal sistema; la morfología urbana determina valores por efecto de una "acción social"; recordemos que si la metodología funcionalista de la vieja historia urbana y económica es insatisfactoria, ello se debe a que hace abstracción de las variables sociales. El planteamiento historiográfico de Lefebvre, en cambio, introduce dichas variables y hace de la ciudad, no sólo un objeto, también un "sujeto de la historia". La consideración del factor social es básica para resolver una cuestión implicada por la teoría de la morfogénesis del valor: ¿por qué varían los precios de los terrenos? En una economía no equilibrada, o "de bazar", como

dice Lefebvre, los individuos se comportan estratégicamente al efectuar sus transacciones; ahora bien, la estrategia de algunos consiste en especular aprovechando el estado de la opinión pública sobre el mercado. Es lógico suponer, pues, que la especulación, sobre todo en las coyunturas de crisis económica, determina los precios en un mercado de inmuebles regulado de manera diferente en cada transacción.

Lefebvre culmina su investigación contestando a una interrogante final: ¿cómo se forma la opinión común? Se trata de un fenómeno que puede caracterizarse apelando a las convenciones sociales y a paradigmas de autoorganización individual: en un periodo crítico para la economía, el sentido común se va perdiendo hasta que los ciudadanos entran en pánico, y entonces, dice Lefebvre, "la única conducta racional consiste en imitar a las demás". El análisis de este fenómeno, junto con el de la geografía del valor, definen un "programa de investigación" para comprender a fondo, sin sacrificio de la complejidad, los temas relacionados con la morfología económica de las ciudades y la estructuración social de quienes las habitan.

#### Sobre el método de la "reducción de escala"

La llamada "observación a escala reducida" se ha convertido en el procedimiento dilecto de los historiadores que intentan refutar al funcionalismo, e incluso se han fundado géneros historiográficos dedicados primariamente a ensayar la reducción de escala en el proceso de la crítica documental. De estos géneros, el más popular surgió en Italia y fue bautizado como "microhistoria". Quienes la cultivan se refieren a ella como una práctica "en esencia", y así pretenden explicar la escasez de los discursos teóricos que se han compuesto para impulsarla. Esto no ha obstaculizado, sin embargo, la proliferación de los ejemplares microhistóricos desde hace por lo menos veinticinco años. En efecto, hoy muchos historiadores europeos y americanos hablan de un "método microhistórico" cuando reducen la escala para derribar una tesis que les disgusta por cuanto se halla sustentada en generalizaciones precipitadas y supuestos reduccionistas. En realidad, estos autores tienen una idea muy vaga de lo que significa trabajar con escalas, pues de ordinario ignoran el origen sociológico de ese concepto. Experimentar con escalas no equivale a "observar más de cerca", como creen los microhistoriadores; en la sociología empírica, la escala se concibe como un instrumento de medición para asignar valores numéricos a las dimensiones del objeto de estudio; al construir una escala, el método sociológico permite averiguar la posición del objeto



Santa Catalina, San Pedro Cuiclahuac, San Francisco Tepetlapa, Chalco, D.F. 1656.

investigado en su dimensión, y al medir las dimensiones en los objetos del entorno resulta un continuo numérico en el que se ordenan los objetos (o las personas, si es el caso). Este no es, ni de lejos, el vocabulario analítico y conceptual que emplean los microhistoriadores al discurrir sobre la escala. Pero es cierto que la sociología empírica no es la única: existe una sociología más bien teórica —y también una antropología— en donde las escalas se conciben como espacios sociales en una red. Es la postura de antropólogos como Frederick Barth, de donde el historiador italiano Giovanni Levi tomó su concepto de escala.

Según Levi, las escalas existen en la realidad, y el experimento historiográfico consiste en reducirlas deliberadamente para “descubrir factores antes no vistos”, lo que facultará generalizaciones más informadas que podrán suplantar a las del funcionalismo, entre otras (por ejemplo, las de ciertas corrientes historiográficas de signo marxista). Aquí, el problema no es tanto la trivialidad de la creencia como el prejuicio que la causa; en mi opinión, el gran fallo de la microhistoria reside, justamente, en el prefijo “micro”. Cuando lo eligieron, los historiadores italianos no supieron ver que estaban utilizando un lenguaje metafórico, lo cual implica riesgos gravísimos para una historiografía que aspira al rango de ciencia. Al hablar de “microscopía” con propósitos descriptivos, los términos adquieren un sentido metafórico que puede dar lugar a malos entendidos; es un error manifiesto pensar, por ejemplo, que la “observación microscópica” es el medio para ver lo que no se había visto, o para ver aún más en lo que ya se había visto. Cuando un biólogo acude al microscopio no espera ver lo que no ha visto, o ver mejor en lo que vio antes; lo que busca es “ver”, sin más, “lo que no podría ver sin el auxilio del microscopio”. Mi lector, sin duda, estará de acuerdo conmigo en que ese aparato fue inventado para ver objetos de otro modo invisibles. Por otra parte, debería ser evidente que la posibilidad de observar más o mejores detalles en un objeto no está tanto en una, por así decirlo, relación proporcional a la distancia que separa al observador del objeto como a las “disposiciones perceptivas” de cada observador, considerando sus intereses personales y profesionales y las metas específicas que se haya fijado al acometer su

tarea inquisitiva. Es recomendable, por tanto, estudiar con precaución la microhistoria y evitar la seducción de anuncios como el de que la observación “extremadamente localizada” mostrará la incorrección fundamental de ciertas teorías.

El microhistoriador es injusto, además, cuando acusa a sus colegas de no tomar en cuenta determinadas fuentes que lo habrían autorizado para despreciar los modelos funcionalistas, porque esto es tanto como decirle que, si sus conclusiones son inaceptables, ello se debe a que no “aplicó el microscopio”. A menudo, los microhistoriadores investigan acervos documentales que nadie ha explorado con anterioridad; luego, ¿a qué viene hacer acusaciones como la que acabo de citar? En cualquier caso, es un hecho que las pesquisas microhistóricas no consuman la refutación de ninguna teoría; a lo mucho, son útiles para rectificar en cuestiones genéticas, por ejemplo, establecer el verdadero momento de inicio del mercado capitalista autorregulado, o datar correctamente la famosa “revolución” que propició el crecimiento medieval, todo lo cual, desde luego, deja incólumes a las “teorías funcionalistas” o hace de ellas un caso especial de la teoría social general que alguien, acaso, formulará en el porvenir.

Pero, como tuvimos oportunidad de notarlo al examinar el ensayo de Lepetit, es innegable que con la reducción de escala un historiador puede extraer conocimientos nuevos, positivos, de un corpus documental recién exhumado del archivo. Niego, por tanto, que ese método merezca el rechazo. Afirmo, en cambio, que al emplearlo sin la intención dominante de atacar una hipótesis, la historiografía puede acceder o aproximarse mucho al rango de ciencia experimental, aún cuando esto no le signifique avances decisivos desde un punto de vista epistemológico. Bernard Lepetit —quien, por lo demás, nunca se presentó como microhistoriador— practicó una reducción de escala y consiguió citar los principios de un modelo para justificar inferencias como señalar que el valor de un inmueble depende de la morfología. Enunciados teóricos de esta clase permanecieron inéditos hasta que Lepetit los coordinó en una historiografía que constituye, por su calidad, un estímulo para el intelecto de los historiadores, arquitectos, urbanistas y científicos sociales que emprenden su lectura. ☞

La “observación a escala reducida” se ha convertido en el procedimiento dilecto de los historiadores que intentan refutar al funcionalismo.